

Las dos inculturas

Por Gabriel ZAID

Ha tenido cierta resonancia, hasta volverse un tópico, el título de una conferencia de un físico y novelista sobre lo que él llamó el problema de "las dos culturas", la "tradicional" o "humanista" y la "científica o técnica". Tal resonancia quizá responde a una mala conciencia sobre cosas muy conocidas: lo ignorantes que son o pueden ser los técnicos y hombres de ciencia en cuestiones de letras, y lo ignorantes que son o pueden ser los escritores en cuestiones de ciencia y técnica. Ignorantes que son o pueden ser, se entiende, sin perder el prestigio de gente valiosa en sus respectivos campos y la situación social correspondiente.

El interés del planteamiento está precisamente en que pretende poner el dedo en la llaga y muestra que la llaga está en el dedo. Señalar la existencia de dos culturas es dar lugar a un diagnóstico y a remedios que son precisamente la enfermedad. Ni hay un puente que tender sobre el abismo de dos culturas que cada vez más se separan, ni una coexistencia pacífica que lograr entre dos mundos distintos, completos e irreconciliables. No hay, simple y sencillamente, dos culturas: hay dos inculturas, hay innumerables inculturas. Síntoma de esas inculturas es cualquier esfuerzo que hagamos para resolver falsos problemas con buena voluntad, como si todo fuera cuestión de humanizar a los técnicos o de tecnificar las humanidades. Y es peor aún para llegar a entenderse que haya humanistas que hablen de haber demostrado "científicamente" la existencia de Dios, el próximo derrumbe del capitalismo o el interés sexual del niño por su madre, o técnicos que hablen, con toda seriedad, de la necesidad de "culturizarse", como si la cultura fuese un barniz adquirible, no algo que está imbricado en el ser mismo del hombre que todo técnico es, sea químico o filólogo.

Hay muchas inculturas, una sola cultura. La cultura no es una especialidad propia de los intelectuales. No es propiedad de nadie, no es algo que esté ahí y que se pueda adquirir. Nos

"adquirimos" a nosotros mismos a través de la cultura. La cultura es el camino de hacer habitable el mundo y entendernos, un camino que hacemos y que nos hace, nunca hecho del todo, siempre dado en parte y en parte por hacerse, en la historia personal así como en la colectiva. La cultura es irrenunciable como el ser. Por eso mismo, porque necesitamos "hacernos" y entendernos, porque necesitamos saber que estamos en el mundo, donde actuamos y somos, preferimos actuar como si "nuestro mundo" fuera el Mundo, ignorado, negando o despreciando cualquier "otro". Esto no se resuelve con una benévola o forzada aceptación de la otra esfera. Hace pensar más bien que no es realmente la especialización la que ha producido tantos mundos aparte, sino un previo solipsismo lo que ha hecho prosperar la especialización como cosa exclusiva y excluyente.

Claro que se puede decir, y con razón, que en un momento dado hubo circunstancias propias para un acelerado desarrollo científico, técnico e industrial, que, por su propia lógica, o por una cierta dialéctica, pusieron en juego la especialización como causa y efecto de algo materialmente cada vez menos abaricable. Pero es cierto también materialmente que el día tiene veinticuatro horas y que el cuadro sería completamente distinto si ese desarrollo no hubiera trastornado el tiempo personal y colectivo. Si, por ejemplo, la producción industrial pudiera dispersarse por el campo, ser compatible con el refinamiento del trato, el sentido del prójimo y el nivel de vida humana alcanzado en ciertos lugares "subdesarrollados" de México, España, Italia, Grecia o el Líbano, y requerir sólo tres o cuatro horas diarias de trabajo, aunque éste fuera de una rebuscadísima especialidad.

La división del trabajo es anterior a la Revolución Industrial. La especialización también. La diferencia está en la estructura del tiempo material, que suma siempre veinticuatro horas, inde-



—Watteau

"poseído por un ideal de grandeza".



—Catalina de Medicis

"un absoluto, sólo comparable con la religión"

hace más de cien años: "En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción? Hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre." "La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas." (Trad. W. Rocés.)

Claro que esta declaración supone que la marcha del mundo requiere nuevas riendas. Los políticos están dispuestos a dárles su lugar a los hombres de negocios, y hasta a los intelectuales, porque se asignan a sí mismos el lugar supremo y piensan que la política es el centro, summum y resumen de la marcha del mundo y de toda actividad humana. El hombre, animal político, dijo Aristóteles. La política, la sola cosa más importante que la vida, ha dicho el director de *L'Express*. Por lo mismo, si comercializarlo todo puede parecerle natural al hombre de negocios, politizarlo todo puede parecerle natural al político, aun tratándose de actividades tales como la poesía. Kruschew le da órdenes a Evtuchenko. Kennedy lo invitaría a cenar. Pero para ninguno de los dos hay duda de quiénes están a cargo del mundo, si ellos, o sus poetas. El célebre conflicto entre Kennedy y los hombres de negocios puede entenderse a la misma luz: Kennedy estuvo tan en pro de la libre empresa como se quiera, pero no tenía la menor duda sobre quién llevaba en sus hombros el peso de velar por el planeta. Es él, no los empresarios, quien defiende el sistema de libre empresa. Es él, no Su Santidad, quien guarda a la cristiandad. Es él, no Faulkner, que se dio el lujo de no aceptarle una invitación a cenar, quien hace valer los valores de la cultura occidental. Con todo lo cual, no se trata, ni mucho menos, de hablar mal de nadie en lo personal, * sino de mostrar con arquetipos impersonales, lo asombroso que es que el mundo no parezca uno solo sino una serie de esferas cuyo interior en cada caso, para quien vive en esa esfera, parece ser el centro de todas las demás.

¿Y qué no se ha dicho de la poesía como la actividad humana suprema? La poesía dejó en un momento dado de ser un género literario (cosa que empieza a pasar ahora con la novela) para convertirse en un absoluto, sólo comparable con la religión, a la cual, naturalmente, desplaza. El acto poético vino a ser así el centro de una esfera que es a la vez el centro de todas las cosas. "Torres de Dios, poetas, pararrayos celestes", dijo Darío. Y en uno de sus diarios escribió Baudelaire: "Ser un gran hombre y un santo para uno mismo, esto es lo único importante." "Un funcionario cualquiera, un ministro, un director de teatro o de periódico, pueden ser a veces estimables, nunca divinos." (*Mon coeur mis a nu*, LII, LXXVIII.)

Hiperión, en la penúltima carta del hermoso libro de Hoelderlin, le escribe a Belarmino: "Duras palabras son éstas, pero tengo que decirlas porque son la verdad; no puedo figurarme que exista pueblo más hecho a trozos que éste. Se ven en él obreros, pero ni un solo hombre; pensadores, pero ni un hombre; sacerdotes, pero ni un hombre; amos y criados, jóvenes y personas graves, pero ni un hombre... ¿No es, me digo, como un campo de batalla en el que yacen, entremezclados, manos, brazos y toda clase de miembros mutilados, mientras lo mejor de la sangre derramada se pierde en la arena? Me dirás que cada uno debe atender a sus ocupaciones, y yo también me lo digo. Pero entonces que lo haga con toda su alma y no ahogue en sí toda otra llama por consideración a la categoría social del individuo; que no ceda a ese miedo miserable que lo impulsa a no ser, literalmente, y aun hipócritamente, sino lo que indica su título; que sea serio y sinceramente lo que es en realidad; así es como cada uno de sus actos llevaría la marca del espíritu que lo anima; y si le ocurre el sentirse oprimido en una función de la que hay que desterrar

el espíritu, rechácela desdeñosamente y póngase más bien a trabajar la tierra." "No menos lamentable es ver vuestros poetas, vuestros artistas, y todos los que aún honran al Genio, aman lo bello y profesan su culto. Estos hombres, los mejores de nosotros, viven en el mundo como extraños en su propia casa; semejantes al paciente Ulises cuando, bajo la apariencia de un mendigo, estaba sentado ante su propia puerta, mientras los pretendientes insolentes se conducían como amos en la sala de su casa y preguntaban quién les había traído aquel vagabundo." (Trad. Emecé.)

Hiperión ve con lucidez por qué los otros no son poetas, y aun dice que debieran serlo, puesto que, como dice en otra parte de la carta, los hombres "tienen todos el mismo noble origen". A primera vista, sin embargo, parece luego caer en un criterio aristocrático y restringir en favor de los poetas el derecho natural de ser los señores de la casa. Esta doble operación de escapar de la función particular universalizándola hasta que responda al anhelo de ser total, para luego volver privilegiando una actividad particular, parece ser característica. Hasta da la impresión a veces de ser deliberada. Cuando se oyen ciertas minuciosas disquisiciones sobre la evolución del jazz y sus implicaciones trascendentales en relación con la cultura moderna, no acaba de saberse si es en serio o es una refinada sátira de la filología alemana. La operación es en todos los casos la misma: primero, ensanchar la significación de una actividad particular en toda su posible latitud, para, inmediatamente, restringir en la práctica esa universalidad de modo que el mundo, en su totalidad, quede cubierto por el ejercicio de una particular profesión o especialidad. La inteligencia es la suprema facultad del hombre, luego los intelectuales son los únicos que entienden y los demás deben serles dóciles y atenerse a sus explicaciones. Con lo cual se da, por descontado que hay los intelectuales y los otros, los que no son inteligentes públicos titulados. La actividad suprema es la práctica, luego los hombres de negocios son los que deben decidir en la ciudad, y los demás alegrarse de que haya quien cargue, por todos, con la responsabilidad de hacer dinero. Todos somos responsables del bien común, luego no servirles de base a los militantes de un movimiento es apolítico, egoísta y cobarde. Toda suprema actividad es poética, luego el poeta, es decir, el que hace versos, es el supremo hacedor. Y así sucesivamente.

Hay, pues, una correspondencia esencial entre ser técnico y creer que la cultura es un complemento, si no un adorno, y ser poeta y creer que se tiene la propiedad del absoluto. Es una división del trabajo conveniente, por la cual el "poeta" puede despreciar en la figura del otro su propia incompetencia para vivir y el "técnico" posponer indefinidamente el encuentro con su propia vaciedad. Si un mundo abierto nos da vértigo, y nuestras propias exigencias de integración amenazan con dispersarnos, y tenemos materialmente el tiempo encima, ahogándonos, nada más explicable que el repliegue a la propia esfera. Pero por habitables que parezcan las esferas solípticas llega un momento en que nos falta el aire, y esta crisis nos da la oportunidad de salir. Si alguna ventaja tiene en esto el poeta es su desventaja: su reino carece de viabilidad económica. Eso lo deja a la intemperie donde puede volverse un resentido, un cortesano de otras esferas o un auténtico perdido, un hombre que no sabe qué hacer y así se enfrenta con su propia vida, en la raíz de la hermandad con todos los hombres. Todos los paliativos, todas las buenas voluntades, todos los esfuerzos por negar que la ciudad vive de espaldas a la poesía, tienden a frustrar este encuentro y a consagrar el desdén implícito que puede haber del poeta a la ciudad al hacer de la poesía un absoluto, o de la ciudad al poeta al reservarse el derecho de admisión de la poesía bajo la categoría de ornato social. La poesía no se deja tratar así. Si al replegarse hasta sus fuentes creadoras no logra abrírlas cauce más amplio, aunque se transforme en otra cosa que hacer versos, se rebela y bloqueándolas toma su venganza. "Desde que empecé a escribir poemas dice Octavio Paz —en el prólogo de *El Arco y la Lira*— me pregunté si de veras valía la pena hacerlos: ¿no sería mejor transformar la vida en poesía que hacer poesía con la vida?" Ésta es la pregunta que corresponde a un gran poeta de fuentes generosísimas que ningún desdén cerrará. La cuestión de la vida es más importante que la cuestión de los versos, los negocios, la política o la filosofía. La cuestión de los versos, como todas, importa al convertirse en una cuestión vital.

*Sobre todo ahora.